

VISITA A LA IGLESIA PARROQUIAL DE JAGÜEY GRANDE, PROVINCIA DE MATANZAS

Iglesia Parroquial de Jagüey, 4 de marzo de 1995

Queridos hermanos y hermanas:

Visitar Jagüey Grande tiene un hondo significado para mí y también para los jagüeyenses. Un hijo de este pueblo ha sido elegido por el Papa Juan Pablo II para enaltecer a la Iglesia Católica en Cuba y honrar así a todo el pueblo cubano. Miles de voces han gritado a mi paso por todas las diócesis de nuestro país: Cuba tiene Cardenal. Muchos de ustedes estaban presentes cuando, en la Catedral de Matanzas, dije que si todos los católicos de Cuba podían decir esto con gratitud al Santo Padre, los de esta provincia podían agregar que ese cardenal es matancero. Pero los jagüeyenses pueden decir con especial énfasis: este cardenal es de aquí, nació en Jagüey Grande.

Jagüey es para mí parte de esa historia del corazón guardada en el álbum de la memoria, que volvemos a repasar, sin esfuerzo, una y otra vez. La calle Mora donde nació, Belén, la comadrona que ayudó al parto de mi madre, el Dr. Pablo Vega que me recetaba siempre unas cucharadas que preparaban en la Farmacia de Arcocha. Los grandes aguaceros que desbordaban la laguna de Saráchaga, los dulces de «El Mallorquín», la primera vez que vi una película en el Cine «Mendía» y las carretas cargadas de caña desfilando hacia el Central Australia; el ingenio, como se decía entonces. Solo él no ha cambiado de nombre. La calle tiene ahora un número y nadie nace ya en una casa, no hay comadronas, el médico es el de la familia o el del policlínico, y no recordamos bien su nombre, las familias no son grandes como fueron la de mi padre y la de mi madre, de siete hermanos cada una, vecinos todos de este pueblo, hijos todos del mismo padre y de la misma madre, cuyas uniones duraron hasta que la muerte los separó.

Jagüey tiene también su historia grande: aquí, en esta misma iglesia, se alzó la bandera cubana cuando faltaba aún mucho tiempo para que Cuba fuera independiente; nuestras abuelas nos contaban el paso de la Invasión por esta zona y al frente de ella el General Maceo. Ya antes aquí, en Jagüey, Martín Marrero y un grupo de hombres habían oído el llamado de la Patria y respondieron presente en el «Palmar Bonito» hace justamente cien años.

De toda esta historia y de aquella más pequeña, antigua y familiar, ha sido testigo esta iglesia Parroquial, desde que devastado por un fuego el poblado y con él la iglesia de Nuestra Señora de la Altagracia del Hanábana, (del cual solo quedaba un viejo cementerio camino de la Ciénaga de Zapata), el cura párroco escribe al Obispo de La Habana una carta, conservada en los archivos de esta parroquia, que decía que se trasladaba con un grupo de vecinos hacia un lugar más alto y seco llamado *El Jagüey Grande*.

La Iglesia ha estado unida siempre a la historia de nuestros pueblos y de nuestro pueblo. Ubicada en el centro del núcleo urbano fundacional, sus campanas han marcado el ritmo de la vida de la gente. La cruz alta de su campanario ha sido el punto de referencia para los caminantes en busca de orientación. El templo se convierte así en un símbolo para los católicos, para los creyentes y para todo aquel que hunde sus raíces en un lugar determinado.

En los años sesenta fui párroco de Jagüey y me vi forzado a quitarle el techo a la iglesia, pues amenazaba derrumbe. Esperando algún medio de transporte en la esquina, un campesino de la zona me dijo, mirando las pocas vigas de madera que habían quedado

después del desmante: «mira cómo han dejado la iglesia de nosotros, la que uno está acostumbrado a ver desde que abrió los ojos al mundo. Estos curitas nuevos no se ocupan de la iglesia». No sabía que estaba hablando precisamente con ese curita. Le expliqué quién era yo y cómo había sido necesario hacer aquello. Él se sintió apenado y, antes de empezar a explicarse o a excusarse, lo primero que hizo fue quitarse el sombrero de guano. Quizá él no supo nunca la inmensa alegría que me había producido escuchar sus palabras. Después tuve la ocasión de saber cuánto querían su iglesia los hombres y mujeres de este pueblo y sus alrededores, que en comentarios a media voz expresaban su esperanza de que el templo fuera restaurado.

Corrían tiempos difíciles para la Iglesia en los años sesenta y en la década posterior. El silencio sobre Dios envolvía a los pequeños grupos de católicos fieles y una mentalidad falsamente científica intentaba imponerse en nombre de un ateísmo extraño a nuestra cultura, que incluía calificativos obligados en todo lenguaje que se refiriera a la religión para describirla como «rezago del pasado», «conjunto de ideas retrógradas» y otras frases de ese estilo.

Una brecha grande fue abriéndose entre ese lenguaje acuñado incorporando a las expresiones públicas del pueblo, por un lado, y su real pensar y sentir con respecto a Dios, a la fe y a la Iglesia, por el otro.

Escuchando las lecturas del Primer Domingo de Cuaresma sentía que nuestro pueblo había caído, de diversos modos, en algunas de aquellas tentaciones que Jesús venció en el desierto. Habíamos puesto las urgencias materiales, el deseo de un poco de estabilidad económica, la satisfacción de las necesidades inmediatas de la vida en primer término; quisimos que las piedras se convirtieran en panes y, al cabo del tiempo, nos hemos dado cuenta de que *«no solo de pan vive el hombre»*.

Muchos se propusieron el ascenso en la escala social, una buena ubicación, tener cierta cuota de aceptación de poder para sentirse seguros en la vida. ¡Eso es humano, muy humano!, me dirán ustedes. Puede pasar hoy con el dólar que genera también seguridad y da cierto poder. Pero la palabra de Jesús, que vale para todos los tiempos, nos conmina a no adorar las posiciones ni el poder ni el dinero. Está escrito: *«al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto»*. Casi siempre llegamos a comprender en la vida que el Absoluto es solo Dios y que nada ni nadie puede ocupar su lugar.

Y por debajo de todo esto, ¡cuánto orgullo, cuánta suficiencia! Algunos casi se encaraban con Dios. En la escena dramática que San Lucas describe en su Evangelio, a modo de una gran pieza teatral, el demonio lleva a Jesús y lo pone sobre el techo del templo, por encima de lo sagrado, y le dice: tírate abajo a ver si Dios te salva, porque la Biblia dice que Dios *«encargará a los ángeles que cuiden de ti»*.

A la soberbia del espíritu del mal que cita la Biblia con sorna y sin respeto, responde la humildad de Jesús, refiriéndose también a la Biblia para obedecer dulcemente a su Palabra. Está mandado: *«No tentarás al Señor tu Dios»*.

Con la Palabra de Dios, con la oración, con la fidelidad absoluta al Padre, Cristo venció el mal y de su triunfo debemos participar nosotros. Aun si caíste en esas tentaciones y sientes el rubor de la culpa, tienes a la mano la salvación. Nos lo dice hoy San Pablo en su carta a los Romanos: *«La Palabra está cerca de ti, la tienes en los labios y en el corazón... si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó, te salvarás»*.

Muchos hermanos nuestros llegan hoy a la Iglesia en busca de esperanza, de un amor que no juzgue ni condene, de una palabra diferente que anime sus corazones desolados o tristes. Muchos traen consigo el peso de haber sucumbido a esas tentaciones vencidas por Jesús y que son el prototipo de toda tentación humana. Jesucristo aparece sereno y firme en sus repuestas al mal, pero muchos católicos nuestros experimentaron el temor como fondo oscuro de sus actitudes ante Dios, la fe y la Iglesia.

Un sentimiento estéril y pernicioso como el miedo fue llenando los entresijos del alma del creyente cubano con respecto a la expresión de su fe, miedo a no obtener un buen empleo o a perderlo o a no alcanzar una carrera universitaria. Miedo a que el niño pudiera ser identificado como creyente, a que apareciera en su expediente acumulativo la «mancha» de que iba al catecismo, miedo a bautizar un niño, a entrar en una iglesia... El nombre de Dios dejó de oírse aun en las frases populares como «si Dios quiere» o «gracias a Dios». No se saludaba al sacerdote y aun se rompían lazos familiares o de larga amistad para no quedar comprometidos.

Así fue el Jagüey Grande que encontré como párroco en los años 67, 68 y 69. Así eran los pueblos también tan queridos de Agramonte y Torriente. Pero en medio de aquel lóbrego silencio acerca de lo sagrado, el pequeño grupo de los que se mantuvieron fieles eran nuestro oasis y nuestro consuelo. Da ganas de mencionarlos por sus nombres, pero algunos ya fueron al encuentro del Señor, otros no están en Cuba y siempre puede haber olvidos lamentables. Varios de esos jagüeyenses que viven en el exterior fueron a Roma para acompañarme al Consistorio, muchos me enviaron mensajes llenos de afecto, aun aquellos que yo no conocía.

Al considerar el tiempo pasado, con sus angustias y las opciones dolorosas que alejaron a tantos de la fe de la Iglesia, se produce entre no pocos hermanos cubanos esta reflexión popular: Nos olvidamos de Dios y por eso tenemos ahora tantas penurias, escaseces y dificultades. Es que Dios nos ha castigado. Pero este pensamiento es erróneo. El Señor no es un Dios «castigador» de nuestras maldades, «Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará», nos dice hoy la carta a los Romanos y el Salmo que hemos rezado es una invitación a la confianza: «Lo protegeré porque conoce mi nombre, me invocará y lo escucharé». Así escuchó Dios a su pueblo que sufría en Egipto y lo libró de todas sus angustias; porque el Señor «no nos trata como merecen nuestras culpas».

Animados por esta certeza de que en la fe cristiana van a encontrar acogida y comprensión, tanto quienes se acercan a ella por vez primera, como quienes retornan, a veces cansados o maltrechos, a la Casa Paterna, muchos hermanos nuestros vuelven sus ojos a la Iglesia en busca de esperanza. Algunos lamentan el tiempo que vivieron sin conocer el amor de Dios que se nos ha manifestado en Cristo, otros se duelen de haber olvidado a Dios, de no haber bautizado a sus hijos, de haber negado públicamente su fe al sentirse aislados o presionados.

Nuestro pueblo necesita una cura de amor, que sane tantas heridas. Precisamente, no he querido despertar en la memoria estos recuerdos con ánimo de ahondar en esas y otras heridas aún recientes. Pero se hace necesario una buena cura, dejar limpio todo lo dañado, que quede al descubierto, para que pueda producirse la sanación.

La gran culpa nacional de haber callado lo que se refería a Dios en nuestras vidas o la de haber impuesto este silencio a otros merece que le dediquemos un tiempo de seria reflexión, justamente para que esas situaciones, solo parcialmente superadas, no vuelvan a producirse entre nosotros.

No podríamos en una celebración como esta tener la intención de imputar culpas, porque la Santa Misa, la Eucaristía, es la oración de la Iglesia que conmemora, reviviéndola, la ofrenda de Jesús que entrega, por nosotros, su vida al Padre. «Estando con los suyos los amó hasta el extremo» y partió el pan y lo dio a comer a sus apóstoles y pasó la copa de vino para que bebieran de ella y les dijo que aquello era su cuerpo sacrificado y su sangre derramada por todos los hombres. Era el primer Jueves Santo de la historia. Al día siguiente, clavado ya en la cruz, mirando a quienes lo llevaron al suplicio, dijo: «*Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen*». Nadie queda excluido del amor de Cristo, ni sus verdugos. Nadie queda excluido del amor de los cristianos, porque el mismo que nos «amó hasta el extremo» nos mandó amar a nuestros enemigos y a rezar por quienes nos persiguen, pues, si no, no somos en verdad hijos del Padre celestial.

El amor será siempre nuestro distintivo: «*en eso conocerán que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros*». Pero el amor incluye el perdón y la reconciliación. Esto es cierto en las relaciones personales, en el seno de la familia y en la vida social y política de los pueblos.

La Iglesia en Cuba debe ser una comunidad fraterna que invite a todos los cubanos a la reconciliación, al reencuentro de nuestras raíces, de los valores perdidos u olvidados y al amor.

En nuestras raíces nacionales descubrimos que la fe católica conformó nuestra manera de pensar, de ver la historia, de considerar al prójimo, de concebir la familia, la amistad, el bien y el mal, la vida y la muerte.

Fue la fe cristiana la que nos ayudó a cuajar como nación. De las aulas del Seminario San Carlos, de la mente preclara y del corazón ardiente del Padre Félix Varela salió nuestra conciencia nacional, la noción de ser un pueblo con nuestras características propias. El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo estuvo abonando el suelo vital de la Patria. Luz y Caballero, Mendive, Martí, son herederos directos e indiscutibles de ese pensamiento cristiano que está en la fragua de nuestra cubanía como fuego integrador.

José Martí, de quien celebramos este año el centenario de su muerte, jamás enseñó o proclamó el odio, ni aun para su adversario político o militar. Colocó siempre el amor en la cima de su obra literaria y patriótica y quiso que fuera el cimiento de la Cuba nueva a la cual ofrendó su vida, una «*Cuba con todos y para el bien de todos*». En el jardín de su corazón, él cultivaba rosas blancas para sus amigos y enemigos. En esos versos, que el mundo entero sabe y canta, se siente la fragancia fresca del Evangelio de Jesús.

Ese amor siempre presente en los escritos y en el quehacer del artífice nuestra independencia, es considerado por él como un instrumento privilegiado para comprender la vida, la historia y el hombre mismo, y lo describe como una especie de sentido exclusivo del corazón humano para percibir la realidad: «*es el amor quien ve*», sentenciará el apóstol.

En el centenario de su caída en combate, los cubanos no debemos ignorar esta faceta, a menudo olvidada del pensamiento martiano, que convoca a todo nuestro pueblo a la reconciliación y al amor.

Si los católicos cubanos, realmente motivados por el amor cristiano, que, al decir de San Pablo, «*supera toda filosofía*», nos decidimos, a pesar de las dificultades presentes y aquellas que estén por venir, a vivir y actuar según el dinamismo propio de ese amor,

seremos capaces de sentirnos alegres con el bien, de no regocijarnos del mal, de aguantarlo todo y de esperarlo todo.

Cuando el corazón humano late con amor, genera la esperanza y ¡cómo necesita hoy nuestro pueblo la esperanza! Hace falta henchir el alma de amor para que haya esperanza, pues esta busca espacios abiertos y grandes y no puede anidar en los corazones empequeñecidos por la queja o el rencor.

Una y otra vez en estas últimas décadas, muchos cubanos han sentido cerrarse las puertas de la esperanza y no hallaron para sí y para sus familias otra salida a sus angustias, sino ir a instalarse fuera de nuestro país. Esta sigue siendo hoy, para no pocos hermanos nuestros, su única esperanza. Esto es también un dolor de la Patria y de la Iglesia.

Pero si el amor cristiano expulsa el temor y gracias a ello nuestra Iglesia vive cada día más una primavera de la fe, que ha constituido un auténtico proceso de liberación interior para tantos cubanos, si el amor cristiano expulsa además el odio y propone caminos de reconciliación y de paz, debe también expulsar del alma del católico cubano la desconfianza y el descorazonamiento. Y ¿cómo podemos hacerlo? El camino recorrido por la Iglesia en Cuba en los años pasados hasta el momento presente proyecta una luz de confianza hacia el futuro. De una Iglesia replegada sobre sí misma, temerosa en cuanto a su quehacer; de una Iglesia que tenía conciencia de no poder hacer nada, hemos pasado a ser, por don misericordioso de Dios, una Iglesia que sí puede evangelizar, que sí puede catequizar a sus niños, que sí puede celebrar a Jesucristo, aun allí donde no hay templos, que sí puede tender la mano a los necesitados en el cuerpo o en el espíritu, que sí puede crecer en número y en presencia en medio de la sociedad, que sí puede tener un Cardenal, que sí puede –¿por qué no?–, en un día no lejano, recibir la visita del Papa Juan Pablo II.

Nuestra Iglesia ha recorrido el camino que va desde las tinieblas a la luz, de la desolación al consuelo, llevada de la mano de Dios, porque esto no ha sucedido por un cambio notable en las condiciones sociales o políticas. No podemos decir que el interés por la fe cristiana, el deseo de conocer la palabra revelada que hace a tantos pedir una Biblia, que todo el movimiento de acercamiento a la fe, provengan de una más amplia acción pastoral por el aumento del número de sacerdotes y religiosas, pues con el crecimiento de la población lo que más bien ha aumentado es la desproporción entre el número de agentes pastorales y el de fieles cristianos. No se trata tampoco de una propaganda bien organizada en los medios de comunicación, pues la Iglesia no ha tenido acceso a la prensa, la radio o la Televisión. Ha sido que el extrañamiento, las inhibiciones y el miedo han ido desapareciendo del alma del cubano. Pero solo Dios puede actuar en los corazones por medio de su Espíritu Santo. Todo ha sido, pues, gracia suya.

Ahora bien, ¿por qué crecería el número de los que tienen fe (y una encuesta de la Academia de Ciencias arroja que más de un 85% de los cubanos creen en Dios)?, ¿por qué estaríamos dispuestos (y con certeza en los católicos cubanos así es), a aceptar las exigencias del amor, como son el perdón y la reconciliación, mientras persistimos cerrados a la esperanza?

La Iglesia Católica está llamada especialmente en Cuba a testimoniar la esperanza cristiana y a sembrarla en el corazón de los cubanos. No podemos fallarle a Cristo Jesús en esta hora de gracia.

El Papa Juan Pablo II, al término de la audiencia que dio a los obispos cubanos y a los 250 católicos de Cuba que me habían acompañado al Consistorio, nos dijo en un aparte a los obispos: «*la Iglesia tiene que seguir trabajando*», Y «¿cuál es el trabajo que Dios quiere?», –preguntaron una vez los discípulos a Jesús. Respuesta del Señor: «que conozcan al Padre y a su enviado Jesucristo». Ese es el trabajo propio de la Iglesia, su misión: conocer y hacer conocer a Jesucristo a nuestro pueblo y decirle que Dios ama a cada uno de nuestros hermanos con amor de Padre. En resumen, el trabajo de la Iglesia en Cuba es la evangelización del pueblo cubano. De ahí vendrán la revitalización de los valores sociales, familiares y personales y muchos otros bienes.

Nuestro gran escritor Don Fernando Ortiz, narrando la entrada en La Habana en los primeros días de enero de 1959 del ejército rebelde, describía el acontecimiento haciendo esta referencia muy especial con palabras parecidas:

«*Contemplando el desfile de aquellas huestes barbiluengas hay un personaje de mármol extranjero, recién llegado, que mira con tristeza hacia un pueblo que jamás lo ha conocido*» (Se refería a la estatua del Cristo de La Habana, colocada a la entrada de la Bahía unos días antes de finalizar el año 1958).

El trabajo de dar a conocer a Jesucristo es urgente y enorme. Cristo debe ser conocido y amado, para que pueda ser seguido en su doctrina de amor, de reconciliación, de paz, para que, descubriendo en Él la verdad, la verdad nos haga libres, con esa libertad del corazón cristiano, libertad de los hijos de Dios, que solo Cristo Salvador nos puede dar y que nadie nos puede quitar.

Con el Evangelio de Jesucristo entra la paz en los corazones, en la familia, en la sociedad, aprendemos el valor de la vida, del trabajo, el uso de los bienes materiales y lo que es servir al prójimo. En fin se abre una puerta a la esperanza y a la alegría. Aquí está el verdadero quehacer de la Iglesia en Cuba.

No son pocos los que miran hoy con interés el papel de la Iglesia en Cuba, pero esta no es siempre una mirada relacionada con su propia misión.

Hay muchas miradas sobre la Iglesia, algunas de sospecha o de cautela, otras de variados matices, sean sociales, políticos o de otro orden. Pero la mirada de la Iglesia está fija en Jesucristo y nada ni nadie puede desviarla de su misión ni a un lado ni al otro.

También nos dijo el Papa en Roma a los obispos de Cuba: «*Acuérdense de la Virgen*». Pensar en la Virgen significa para cualquier cubano volver su mirada hacia El Cobre, donde nuestra Madre y Patrona vela con amor.

Que el amor de Dios, derramado abundantemente en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, haga de cada hombre o mujer católico de Cuba un testigo sereno y alegre de la esperanza.

Que, en el trabajo evangelizador de esta querida parroquia de Jagüey Grande, la Virgen de la Caridad bendiga a su querido párroco, a las religiosas y laicos comprometidos que trabajan con él.

Que Dios bendiga a todos los jagüeyenses y a los pueblos de las demás comunidades atendidas por el párroco.